

Adiós, Liga de la Justicia

(o “Que no se te ocurra discutir con Andy Helfer”)

de **J.M. DeMatteis**

Yo no quería. De verdad. Estaba encantado de quitarme de encima las cuatro partes de “El fin de la Liga de la Justicia de América” para dedicarme a proyectos personales más importantes. Sin embargo, **Helfer** no paraba de decirme: “Ya, es que puede que necesite que escribas los diálogos de la nueva serie de la Liga de la Justicia”. “Pero, Andy”, le decía yo, “no quiero escribir los diálogos de la nueva serie de la Liga de la Justicia.” Él asentía con la cabeza, soltaba el humo del cigarrillo y sonreía.

Parecía una sonrisa de nada. Pero decía mucho. “Eres mío, DeMatteis”, afirmaba aquella sonrisa. “Eres mío. iiiBwa-ha-ha!!!”

No sé cómo, pero se salió con la suya. Me pasó una copia de los lápices del primer número que había dibujado **Kevin Maguire**, un chaval nuevo. Quería que le echara un vistazo. **Keith** ya tenía los diálogos escritos, pero ni Andy ni él estaban satisfechos con el resultado. Protesté. “Tú míralo”, me indicó Helfer. Y volvió a sonreír. iiiBwa-ha-ha!!!

Así que eché un vistazo. El tal Maguire, quienquiera que fuera, era bueno de narices. Había contratado a **Terry Austin** para que lo entintara, así que la serie iba a tener un dibujo estupendo. Y a pesar de lo que se me había dicho, los diálogos de Keith eran magníficos. Eran rápidos y divertidos, y los personajes parecían tridimensionales y reales. “Andy”, dije, “no me necesitas. Keith ha hecho un trabajo magnífico, y...” “No se cree capaz de hacerlo todos los meses. Le da miedo agobiarse. Te necesitamos.” “Pero...” Y volvió a sonreír.

iiiBwa-ha-ha!!!

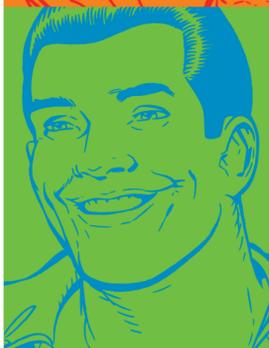
Así que allí estaba yo, reescribiendo los diálogos de Keith. No sabía por qué (ni siquiera recuerdo haber aceptado el encargo), pero allí estaba. Y tal vez, solo tal vez, fuera divertido. Más o menos. Pero no pensaba reconocerlo delante del zángano de Helfer. Total, estaba seguro de que conseguiría escabullirme después de la primera entrega.

Sin embargo, llegó a mi puerta el argumento del segundo número. Aquella vez, no había diálogos de Keith. Tan solo estaban aquellos deliciosos bocetos que parecían de **Kurtzman**, así como los cimientos de la trama anotados en unos bocadillos bastante escuetos. “En fin”, pensé, “la historia es bastante buena. Y las situaciones que propone Keith son muy divertidas. Seguro que salen unos diálogos estupendos. Y...”

Cinco años después, aquí estoy. ¡Cinco años! ¿Cómo es posible? Cinco años de lo que ha sido uno de los encargos más fáciles y divertidos de mi carrera en los cómics. Cada mes, me caía en el regazo un argumento de Giffen. Yo escribía todas las cosas (muchas veces, tonterías) que se me pasaban por la cabeza y rellenaba las páginas con los diálogos más ágiles que se me ocurrían. Es que no era trabajo. ¡Y me pagaban! Y encima...

Empezó a pasar una cosa extraña. Nuestro extravagante (o desagradable para algunos) reparto empezó a cobrar vida. (Sí, suena a tópico, pero es cierto.) Los marcianos, las diosas del hielo y la gente que viajaba por el tiempo eran muy reales. Bastante más que muchos (o casi todos) los superhéroes serios que recorrían el País de la Angustia Vital. Tened en cuenta que eso lo dice un guionista que se ha labrado buena parte de su reputación abordando dicho sentimiento. Hay mucha gente que dice que el humor fue crucial para el éxito de **Liga de la Justicia**, cuyos seguidores la compraban por los diálogos tontorrones y las situaciones absurdas. Y en gran medida, es cierto. Sin embargo, el humor no habría funcionado si los lectores y los autores no hubiéramos creído en aquellos personajes.

La Liga me recordaba a la pandilla de amigos con quienes me crié en Brooklyn. Nos sentábamos los sábados por la noche con los pies en alto, bajábamos las defensas, nos tomábamos el pelo y nos contábamos los problemas. Éramos



nosotros mismos sin que nos estorbara la presión del mundo. **Liga de la Justicia** se convirtió en mi cómic de los sábados por la noche, un sitio donde me quitaba la máscara de guionista serio y escribía por pura diversión. El quebradero de cabeza lo tenía Keith. ¡Era quien tenía que inventarse las tramas! A mí me bastaba con poner palabras en boca de mis amigos. Pan comido.

Otra cosa maravillosa que empezó a producirse fue la química que teníamos el Sr. Giffen y yo. Nuestra colaboración se basó (y se basa, porque seguimos escribiendo juntos 30 años después) en dos ingredientes: la espontaneidad —porque aunque la gente no me crea, a menudo no tenía ni idea de qué iba a pasar en el número siguiente hasta que llegaba el argumento de Keith— y la confianza. Creo que esto último era lo más importante. No, no sabía qué esperar cada mes, pero estaba convencido de que Keith, uno de los seres humanos más creativos que conozco, a quien se le ocurren más ideas viables en un día que a mí en un año, siempre cumpliría. Y él, qué tonto, se fiaba de mí hasta el punto de darme sogas suficientes con que ahorcarme. A veces, me ceñía rigurosamente a los parámetros de su universo, pero otras, me marchaba al mío. De los diálogos surgían relaciones nuevas y vuelcos del argumento. Y Keith no se quejó jamás. Nunca brotó ni un ápice de ego. Escribir a la JLI era un relajante partido de tenis en que Keith me lanzaba la bola, yo se la devolvía, él hacía lo mismo y, con cada raquetazo, las historias crecían mucho más de lo que esperábamos.

Y mientras tanto, Helfer se sentaba en la grada, nos orientaba, nos animaba y, de vez en cuando, nos reñía. Y sin parar de fumar, sonreía como un demonio. ¡¡iBwa-ha-ha!!!

En este número, decimos adiós a todo eso. Me gustaría decir que nos cuesta, pero, sinceramente, después de cinco años, estamos preparados para marcharnos. **Liga de la Justicia, Liga de la Justicia Europa, Justice League Quarterly**... ¡Cuánta Liga! Estamos hechos polvo, sobre todo Keith, que se ha encargado del argumento del 99% de las historias. Así que no, no nos produce sufrimiento marcharnos.

Pero sí voy a decir una cosa. Mientras escribo el guion de esta entrega y pongo palabras por última vez en boca de Oberón, Max, Fuego, Hielo, Guy y (mis favoritos) J'onn y Beetle, me siento triste de verdad. De repente, me doy cuenta de que no habrá más sábados por la noche relajados. No me quitaré las zapatillas de una patada para intercambiar bromas con mis amigos. Ya no quedaré con mis colegas vestidos de licra.

Tampoco disputaré más partidos de tenis con Giffen ni con Helfer, el entrenador que no para de fumar ni de sonreír.

No me arrepiento, pero los voy a echar de menos.

Unos agradecimientos antes de que salgamos bailando torpemente del escenario. Primero, gracias a Kevin Maguire, el Maestro del Rostro Expresivo, que fue crucial para la popularidad instantánea de la serie. Kevin marcó el tono a todos los dibujantes que lo sustituyeron, y ha sido fenomenal que tanto Terry como él hayan dibujado nuestro canto del cisne. Gracias también a los muchos artistas que han ido y venido (e ido y venido, e ido y venido) desde que Kevin se marchó. Todos han dejado su impronta en la serie. Y por último, muchas gracias al otro Kevin, a **Dooley**, que se ganó la medalla al valor trabajando en las series de la Liga y consiguió con su esfuerzo que la tarea del equipo creativo fuera más sencilla y divertida.

Y ahora, si me permites, por última vez:

iiiiiiiiBwa-ha-ha!!!!!!!!!!!!

